

UN CUENTO DE JULIO ROSALES

por J. J. Burgos

J. J. BURGOS

El poeta y profesor JOSE JOAQUIN BURGOS nació en Guanare, el 20 de abril de 1933. Realizó sus estudios de Bachillerato en el Liceo "José Vicente de Unda", de su ciudad natal, de donde egresó, con el Certificado de Suficiencia de Educación Secundaria General, en julio de 1951.

Dos años después se inscribió en el Instituto Pedagógico y, desde la llegada a sus aulas, el joven Burgos dió muestras de un gran espíritu vocacional por la enseñanza, al propio tiempo que de una excepcional sensibilidad para el cultivo de la poesía. Prueba de esto último es el delicado poemario "Ronda de Luz" que dió a la publicidad ya para coronar su carrera de profesor (Nº 5 de los Cuadernos "Cabriles", Valencia, 1957) en el cual puso de manifiesto su conmovido mundo interior, a través de un conjunto de poemas de innegable calidad lírica, en los que el amor y la esperanza, atemperados por un noble recato de sentimientos, son los factores esenciales



En julio del pasado año egresó del Instituto Pedagógico con el título de Profesor de Educación Secundaria y Educación Normal, en la Especialidad de Castellano, Literatura y Latín (Promoción "Eduardo Blanco") y desde setiembre del mismo año forma par-

te del personal docente del Liceo "Miguel José Sanz", de Maturín.

El trabajo del profesor Burgos que presenta nuestro "BOLETIN" de hoy, fué realizado en 1957, como asignación ordinaria de clase de la cátedra de Literatura Venezolana que regenta, en el Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico, el profesor Edoardo Crema.

UN CUENTO DE JULIO ROSALES

por
J. J. BURGOS

INTRODUCCION

Julio Rosales pertenece a la Generación de "La Alborada", a la que también pertenece Rómulo Gallegos. No hemos encontrado obra suya de alcance voluminoso. En la "*Antología del Cuento Venezolano*" del Ministerio de Educación (1) publican su cuento "*El can de media noche*", que también leímos en un viejo número de la Revista Nacional de Cultura, del mismo Ministerio. Pese a esta falta bibliográfica —ajena a nuestra voluntad— lo hemos escogido, porque consideramos que su cuento de por sí es representativo de un estilo. No podemos juzgar toda su producción, por supuesto, a través de esta sola muestra, pero la técnica narrativa, la belleza de su lenguaje y creación y el perfecto clima de drama que caracterizan el nombrado cuento, nos parecen suficientes para considerar a Rosales como uno de nuestros mejores cuentistas.

(1) Se refiere el autor de este trabajo a la obra de Guillermo Meneses, "*Antología del Cuento Venezolano*" —Nº 54 de la Colección "Biblioteca Popular Venezolana"— Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1955 (N. de la D.).

ANALISIS DE "EL CAN DE MEDIA NOCHE"

—¡Cómo ha de ser! ¡Un perro!

—Sí, un perro negro.

.....

—Libera nos domine —murmuró la vieja
Gudula santiguándose.

—Amén —respondió la joven imitándola”.

DEL DUENDE AL PUEBLO

Del duende al pueblo hay la misma distancia que del río al agua. Ambos son una misma cosa. A muchos siglos de Feijóo, todavía sigue el pueblo rodando su vieja ola de consejas. Ya de la zona rural emerge el *amo del monte* con su rostro de mono y su audacia de raptor, ya en el remanso se esconde la voz mágica que endulza y arropa a las doncellas quinceañeras para robarles la virginidad. Y en el atardecer, cuando la luz se va esfumando con la brisa, llegan las sombras, una pantalla preciosa para proyectar los temores y las ansias reprimidas. Es la hora de los duendes.

A esa hora comienzan a recogerse las familias cristianas. Un poco después, en la media noche, un grito rompe el silencio —“el negro silencio”—. El hombre caído es llevado a la botica, especie de bodegón y hospital, de asamblea política y de club social. El ambiente de cuento está creado. Las conversaciones de las señoras lo caracterizan mejor. El can de media noche entra al escenario en forma violenta. Y al día siguiente, el pueblo tiene una comidilla preciosa en el incidente.

“Refiere que estuvo hasta media noche (el hombre) jugando una partida y al retirarse a su casa tuvo el peregrino encuentro, un ser tan feo que él no acierta a explicarse... y cayó sin sentido arrojando espuma por la boca”.

Y la confirmación de que *es cierto* está en los comentarios:

—Crispulo no es cobarde.

—Tampoco había bebido anoche”.

Después, los vecinos inquietos le montan cacería al perro. Velan, hablan de cosas pasadas. Es la hora de la anécdota. Pero de improviso callan. Es la hora del duende: “... un bulto oscuro por el medio del arroyo”. La acción se duerme. Bonito y perfecto el párrafo:

“...El rumor de sus cuatro patas lo escuchan latir en el pavimento con son rítmico, isócrono, con el pálido son de las cosas inmutables e increadas, con ritmo que persistía en el oído como fatal repiqueteo del destino infernal. Y pasó, se alejó, perdióse su eco en dirección única, *inevitable*”.

Otro día, y otra parecida escena, esta vez con los ánimos más asustados. Una sola pregunta:

“—¿Qué pasó?”

Y al día siguiente:

“—Anoche volvió el perro, misea Gudula...”

Que es como quien dice: “el enemigo malo”.

“—Libera nos a male”.

Ya era imposible dudar del fantasma. “A la media noche, por una punta del poblado despertó el vocerío del zafarrancho. El negro can venía, pasaba con marcha acompasada por entre los grupos de sus enemigos”. Nada le hacía la furia y el miedo de sus enemigos. Seguía impertérrito, hacia su destino único, inexorable.

...Y pasan días y días, hasta que el pueblo, rendido colectivamente, se entrega al reposo.

Entonces, “cuando la noche callada partíase en dos en el filo del conticinio; cuando se doblaba por medio, como una foja opaca que volvemos; de un extremo a otro de la aldea dormida, pasaba con uniforme y pausada fuga, único, macabro, fantasmal, el perro visitante de la media noche, del que nunca se supo nada cierto”.

LA CREACION

‘El can de media noche’, en nuestra modesta opinión, basta para darle sitio a Julio Rosales entre los grandes cuentistas venezolanos. Mitad fábula y mitad humanidad, la urdimbre del cuento está lograda magistralmente y los elementos utilizados en su elaboración responden categóricamente a las exigencias de la narración. Es el perro de la media noche —como apuntábamos antes— un duende extraño, pero es hijo del miedo colectivo y, entre la mezcla del pueblo y las sombras, el ingenio de Rosales aguza su intuición poética y dramática para situarnos en un clima perfectamente definido.

Como creación orgánica, el perro puede enmarcar perfectamente dentro de lo universal. Es un acontecer de cualquier época y sitio en los cuales se den las condiciones de una colectividad todavía hundida en los miedos cervales del elemento primitivo. Ausencia de luz eléctrica, grupos de hombres y mujeres que platican en singular trayecto de consejas. "El can de media noche" pasa por el arroyo y sigue su destino inexorable. Probablemente un psicoanalista hallaría en el arroyo algún otro elemento de trascendencia psíquica (el agua que se mueve infinitamente, el lago del tanatos, etc.). Para nuestro fin puramente global, nos interesa ver que la imagen descrita por Rosales, aún cuando está situada entre "el negro silencio", es decir, en la noche oscura, en el conticinio, se nos aparece nítida y precisa.

La otra imagen que se destaca es la del grupo de gentes que velan y esperan armados al misterioso personaje. Y la fusión de ambas, la marcha isócrona, inexorable, del can. Es la corriente por donde se va el miedo detrás del duende. Por eso anotábamos el lazo psicoanalítico del arroyo y el perro.

Todo el cuento en sí está lleno de situaciones dramáticas de contraste entre el perro y el miedo colectivo. Podríamos decir que es un drama creado por estos dos personajes. Vemos que la solución es libre. Un progresista dirá que el perro desapareció cuando al pueblo llevaron luz eléctrica. Un primitivo asegurará que en las noches oscuras se siente el tránsito fijo de la bestia. Un poeta dirá que es una hermosa creación, como lo es el cuervo de Poe. Fijo en el mástil de un sueño nervioso, casi enfermizo; hondo en la raíz de una proyección filosófica que lleva a pensar en el más allá.

LA EXPRESION

En Julio Rosales —del grupo de "La Alborada"— la expresión alcanza mayores hallazgos de poesía. Hay enlace de imágenes, viveza, plásticas sugerencias. Al azar escogemos algunas muestras suficientes:

"Mientras la bocanada de aire le agitaba los bucles desordenados, una cuchillada de claridad, pálida como hoja acerada, que le rebanó el rostro moreno y adormilado, cayo interna en el piso opaco y húmedo del cuchitril sin luz". Una serie de imágenes plásticas. Paralelíticas y enlazadas a la vez, sugerentes de cuchillos que cortan y rebanan, de cuerpos que caen.

“El grupo que cargaba ahora en vilo el cuerpo dislocado de la víctima y echaba a andar, a andar como hormigas con su presa...” (Paralelítica).

Y ésta, hermosísima:

“Los árboles callaban”.

El perro marchaba “con el pávido son de las cosas inmutables e increadas, con ritmo que persistía en el oído como fatal repiqueteo del destino infernal”.

* * *

La personificación del perro, por otra parte, le da el toque final a la creación. El drama está tejido, como hemos dicho, en el choque del espíritu colectivo de reacción miedosa y la presencia del perro, posible gracias a las causas concatenadas de la oscuridad y la existencia de los caracteres psicológicos.

Es el único cuento que hemos conseguido de Julio Rosales.

